

El final

ATTILA BARTIS

TRADUCCIÓN DE JUDIT FALLEE Y ANDRÉS CIENFUEGOS

narrativasegundo



El final

ATTILA BARTIS

TRADUCCIÓN de JUDIT FALLER y ANDRÉS CIENFUEGOS

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
A vége

Copyright © ATTILA BARTIS , 2015

Primera edición: 2020

Traducción

© JUDIT FALLER y ANDRÉS CIENFUEGOS

Imagen de portada

© Leonard Rb en Unsplash Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. de C. V. , 2020
América 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España
www.sexto piso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación

GRAFIME

ISBN : 978-84-18342-19-6



La traducción de este libro ha recibido una ayuda de Hungarian Books & Trans-
lations Office, Petőfi Literary Museum



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea.
Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor.
La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información
aquí difundida.

ÍNDICE

[PRIMERA PARTE](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

«Compro cuna, aunque sea usada».

Breve anuncio en el *Periódico
Popular de Marosvásárhely*

PRIMERA PARTE

En la madrugada del sábado, al ir al aeropuerto, todavía no se había disipado la niebla. Cuando el taxi giró hacia la terminal dos, en la zona periférica de la ciudad, apareció tirado en medio de la carretera un perro negro. Aún se convulsionaba. Debía de haberlo atropellado el coche que acababa de adelantarnos a toda velocidad. El taxista frenó, se echó a un lado y se bajó. Sacó de debajo de su cazadora un trozo de cable de acero, le dio dos golpes al animal en la cabeza y, agarrándolo luego por las patas traseras, lo arrastró hasta el borde de la calzada. Disculpe, dijo al volver a sentarse. No pasa nada, le contesté.

Soy Andrés Szabad, ¹ fotógrafo de cincuenta y dos años. Bastante reconocido. Muy reconocido, para ser más exacto. Está claro que esto, en sí mismo, no es un motivo como para que uno cuente su vida.

Iba a Estocolmo a hacerme unas pruebas.

Llevo dos años sin hacer fotografías. Desde que murió Éva.

Ante todo, quiero dejar claro que no creo en Dios. Durante mucho tiempo no pensé que fuese así, pero ahora no tengo dudas. Naturalmente, aquí no se trata de una cuestión de Dios, sino mía. No hay fe en mi interior. Y la esperanza sin fe no es más que el cálculo de determinadas probabilidades. Y como tal, como todo tipo de cálculo, es algo ridículo.

Por ejemplo: que el médico de Budapest confunda por casualidad dos resultados.

O sí, o no.

No obstante tengo que reconocer también que aunque indudablemente no sea yo apto para encontrar en Dios la causa de ello, existe sin embargo en el mundo una especie de providencia. Puede que sea más poderosa que noso-

tros, e incluso que brote de nosotros mismos. Nadie podrá saberlo.

Kornél me dijo que escribiera mi vida, que si uno la contempla en su conjunto, este tipo de cosas suelen resolverse solas.

(BUDAPEST, OTOÑO DE 1960) De hecho, de aquellos tiempos sólo recuerdo la oscuridad. O mejor dicho, la opacidad. Opacidad que impregnó también, precisamente, los tres años anteriores a mi llegada, junto a mi padre, a una Estación del Este que apestaba a alquitrán. Daba igual que cada mañana amaneciera, la luz no hacía más que tornar gris la negra oscuridad. Era una oscuridad completamente distinta a la de los tres años anteriores. El final de aquella primera oscuridad podía saberse. Había un papel sellado que te remitía a tres años. Aunque no especificaba que sería una sombra y no mi padre lo que saldría entonces de la cárcel, ni tampoco que, debido a esos tres años, la que iba a morir, apenas mi padre cruzara la puerta de casa, sería mi madre. Pero sabíamos que eran tres. Y no existía ninguna ley de la naturaleza, ninguna fórmula física inquebrantable, que fuera más importante que aquella certeza: tres. Y por nada del mundo se habría muerto mi madre al primer o segundo año. Si debían ser tres, que fueran tres. Así que como mínimo tendría que esperar a que la sombra de mi padre llegase a casa.

Buscamos un bar para que comprara cigarrillos, luego nos encaminamos hasta esta casa de vecindad. Por lo general sigo viviendo aquí. Los zapatos se le habían quedado pequeños. Bueno, en un principio eran de su número, pero para cuando hizo el equipaje se le habían hinchado los pies, y ni con su bastón podía caminar bien. Le pedí la maleta, pero no me la dio, prefirió parar en cada esquina a descansar. Conocía el camino, ya había estado aquí, así que no hubo que ir preguntándole a nadie.

Las tiendas empezaban a abrir y ya se veía gente por las calles. Al llegar, el portero estaba arrastrando los cubos de la basura hasta la acera. Mi padre lo conocía también, nos presentó y subimos al piso.

La llave giró con dificultad, en la entrada no había luz. En cada habitación colgaba una bombilla desnuda de veinticinco. Éstas funcionaban. En la cocina una de cien. Mi padre me preguntó qué habitación elegía. Miré por las ventanas: la vista era la misma. Le dije que me daba igual, por lo

que me quedé en la segunda, justo donde estábamos. Mi padre trajo mi maleta de la entrada. Anduvo con ella durante un rato, como buscándole un sitio, y al final la dejó en mitad de la habitación. Yo estaba mirando la casa de enfrente. Una mujer de edad avanzada regaba sus plantas detrás de una cortina de nailon.

Por lo demás el piso no estaba totalmente vacío, el anterior inquilino había dejado unos colchones, y, en mi habitación, entre las dos ventanas, un escritorio de madera aglomerada con su silla; en la de mi padre, un armario para la ropa. Tenía la puerta desvencijada. Y, naturalmente, también había dos estufas de cerámica. Y en la cocina una cocina de la marca Otthon ² y un aparador rojo también de aglomerado. Hacía juego con el fregadero. Fue lo primero que tiré después de la muerte de mi padre.

Cogí la silla y la puse en el centro, al lado de la maleta. Preferí sentarme allí que junto a la mesa. Al fin y al cabo aquella maleta era mía. Mi padre me preguntó si cerraba o no la puerta que había entre las dos habitaciones. Le dije que sí. Era una puerta de doble hoja; lo ayudé a bajar el pestillo. La cerramos y ya se quedó así para siempre.

Oí el clic del cierre de su maleta. Después, cómo lloraba. Al rato lo dejó y volví a escuchar el clic del cierre. Luego nunca más lo oí llorar.

Me dijo que bajaba a comprar unos panecillos y algo de embutido. Le contesté que bien. Esperé aún un rato después de que cerrase la puerta de la entrada y por fin me decidí y fui a mear. Una cucaracha se me cruzó corriendo por el baño. Apagué la luz y preferí mear en la cocina, en el fregadero; luego dejé correr el agua hasta que volvió mi padre con los panecillos, los doscientos gramos de mortadela y un mapa de Budapest.

Comimos en mi habitación, porque allí había mesa. Yo me senté en la maleta, que puse de canto. Mi padre en la silla. Tiré las migas y la bolsa de papel en el váter, después mi padre extendió el mapa y me indicó dónde estábamos.

Ten en cuenta que nuestra calle es paralela a la Circunvalación Lenin. Bajas en la 7 de Noviembre y te encaminas hacia la plaza de los Héroes por República Popular. También puedes venir en metro, en cualquier caso no está lejos. O vienes atravesando Maiakovski. Corazón. Calle Corazón, 8. Lleva siempre esto contigo; así no te extraviarás, hijo mío.

De modo que lo doblé y me lo guardé, y a partir de entonces lo llevé encima durante años. Me extravié pocas veces. Pero en aquel momento no tenía ni idea de cómo llegar en tranvía hasta la 7 de Noviembre. Sólo al día siguiente me di cuenta de que vivía allí, en aquella ciudad, y que aún no había pisado la calle. Entonces saqué el mapa y miré por dónde ir hasta el Danubio. En la primera esquina a la izquierda, luego a la derecha en la Lenin hasta el final. Contando los pasos, la distancia era exactamente la misma que había, desde nuestra casa anterior, al Pequeño Bosque. Así que no tenía ninguna necesidad de tomar el tranvía.

(EN EL PUENTE) En la esquina de enfrente había por entonces un estanco. Más adelante sería también allí adonde iríamos para llamar por teléfono. Entré y compré un paquete de cigarrillos. El hombre me preguntó qué marca quería. No conocía más que la que fumaba mi padre, Sirena. Así que compré un paquete de ésa, que sólo costaba dos forintos. Olvidé comprar las cerillas. Encontré el Danubio a la primera; ya estaba atardeciendo. Entré en el puente para ver las dos orillas a la vez. Pedí fuego a un transeúnte. Nunca había fumado hasta entonces, aunque habría podido hacerlo. Sabía que iba a marearme, así que me agarré al pretil. Debajo de mí, los remolinos; por detrás pasó un tranvía. El puente se estremeció.

Llegó una mujer con su hijo. Luego dos hombres. Después otra mujer con un abrigo gris de entretiempo que desde lejos creí que era Imolka. El primer cigarrillo me mareó de verdad, aunque no tanto como me hubiera gustado. Cuando pedí fuego para encender el segundo, el hombre me regaló las cerillas, así no tuve que seguir pidiendo. A pesar de que lo atravesaba un tranvía, mucha gente cruzaba el puente a pie. En el pueblo, durante el mismo tiempo que pasé en el puente, ya habría tenido ocasión de saludar

al menos a cinco personas. Hacía viento, por lo que cuando me fumé el décimo cigarrillo ya estaba completamente congelado. Esperaba que la mujer que se parecía a Imolka volviese por el mismo sitio de antes, pero no. Aunque ni así habría pasado nada. A la derecha, un palacio; a la izquierda, un parlamento; en el centro, un barco de carga.

(EL GUARDALMACÉN) En un principio dijeron que el camión con nuestros muebles llegaría en tres días. Compré escoba y bayeta. Al portero le pedí un cubo y una escalera. Se llamaba Gyula Korbán, vivía solo. Su piso estaba en la parte trasera del patio, al lado de los retretes comunes. Sacaba los cubos de basura, en invierno echaba sal en la acera, denunciaba y no tenía más tareas que hacer. Creo que, aparte de mí y de mi padre, en la casa todo el mundo le tenía miedo. Nosotros, en cambio, no teníamos motivo alguno para tenerlo. Los informes de mi padre los escribían inspectores de un rango muy superior al del portero. Limpié a fondo a pesar de que no había mucha suciedad. Nuestra radio estaba en el camión, así que no pude hacerlo acompañado por la música que emitía, pero le di brillo al parqué con un trapo con cera, como solía hacerlo con mi madre. Al final no trajeron nada, mi padre esperó un día más y luego fue a informarse. Había algún problema con el albarán, por eso no había llegado todavía el camión, pero que estaría aquí en dos días, fue lo que dijeron por teléfono. Luego alegaron que les habíamos dado mal la dirección, por lo que todo volvió a Castillo-Hondo. ³ No les habíamos dado mal la dirección.

Ya al tercer día empezó a trabajar mi padre de guardalmacén detrás del cementerio, en la fábrica de neumáticos. Al menos aquello no empeoraría el estado de sus piernas. Desde que había estado en la cárcel no podía andar bien sin el bastón. Aunque la verdad era que ya antes lo había usado siempre. Desde la infancia. Logró que yo ingresara en el instituto, a pesar de que fuera algo sin el menor sentido, ya que a la universidad no me iban a dejar entrar de ningún modo. Por lo demás, la verdad es que probablemente jamás hubiese ido. No creo tener las capacidades necesarias. Asistí a clase justo lo imprescindible para que no me expulsaran. De este modo podían pedirme tranquilamente la documentación, pero no aplicarme la ley de vagos y maleantes. Hasta que Adél Selyem no llegó a la escuela, no tuve una relación cercana con nadie.

A veces mi padre iba a visitar a algún que otro antiguo conocido suyo de Budapest. Los había que ya en la puerta le pedían que no volviera a hacerlo, y quienes tan sólo se lo pidieron cuando se enteraron de que acababa de ser puesto en libertad. Claro está que también hubo quienes nos invitaron a comer los domingos. Y quienes me regalaron ropa y a veces libros. Incluso estos últimos fueron muchísimos más. La mayoría. Y nadie es culpable de haberse perdido en aquella oscuridad. Ni tan siquiera los que no se atrevieron a abrir la puerta más de lo que les permitía la cadena.

Íbamos a pasar la Navidad con unos conocidos, pero lo cancelaron. No por miedo o maldad, sino porque habían ingresado a su hijo en el hospital. De modo que me quedé en casa con mi padre. Abajo, en el mercado cubierto, ya estaban recogiendo los vendedores, pero él logró comprar un abeto.

El soporte para el árbol de Navidad y los adornos estaban en el camión, así que al final terminamos dejándolo en un rincón. Vela teníamos, hacía un par de semanas que le había pedido una al portero porque se había fundido un fusible. La encendí, nos pusimos delante del árbol y cantamos *Noche de Paz*. Luego mi padre fue a su habitación y me trajo la Zorki y un carrete de la marca Forte.

Feliz Navidad, hijo.

(LA ZORKI) La primera foto que hice fue la del Danubio. Bueno, si no contamos las que hice de mi madre muerta. Pero éstas no existían. La película se había echado a perder en el carrete y yo no sabía que le estaba haciendo fotos a la nada. El día después de Navidad, fui al puente igual que casi todas las noches. Apoyé la Zorki sobre el pretil para que no se moviera y esperé a que pasara el tranvía, ya que hacía que vibrara el puente. Me habría gustado hacer otro tipo de fotografía, pero entonces era eso lo que tenía. A la derecha, el Palacio; a la izquierda, el Parlamento; en el centro, un barco rompehielos. Ya estaba oscuro, pensé que si el tiempo completo de exposición era un minuto, a mí me bastaría con treinta segundos, así sólo saldrían iluminadas las luces y las placas de hielo. Presioné el disparador, conté hasta treinta y lo solté. Lo único que no tuve en cuenta fue que la disposición de los elementos que tenía ante mí no duraría eternamente. Que en el transcurso de medio minuto las luces de los coches serpentearían y el río arrastraría el barco y las placas de hielo.

Mi segunda fotografía, esa misma noche, fue la de la bombilla del techo, que salió quemada. La tercera fue la del arrinconado abeto. Luego guardé la máquina fotográfica y no la saqué durante varios días. No hubo razón para ello. Después, al segundo día del nuevo año, una mujer que rondaba los cuarenta se mudó a la casa de enfrente, un piso más abajo. No es que fuera guapa, era ni fu ni fa, pero todas las mañanas abría la ventana de par en par. Y allí ponía la almohada y las mantas para ventilarlas. Llevaba una bata azul acolchada y un pañuelo en la cabeza. Los domingos se levantaba al tiempo que lo hacía la anciana de enfrente, de modo que podía hacerles fotos mientras ella ventilaba la ropa de su cama y, un piso más arriba, la anciana regaba sus plantas. De hecho, después del abeto, prácticamente sólo las fotografié a ellas. Y nada más que para completar el carrete le hice una foto al tendedero de sacudir las alfombras que había en el patio; luego encontré un laboratorio cerca del pilar del hundido puente Erzsébet, en la parte de Pest.

De cada una de las tomas encargué una copia del tamaño de una tarjeta postal. El operario del laboratorio era un hombre delgado que rondaría los cincuenta. En el fondo su intención fue buena. Así que debido a esa buena voluntad, sólo reveló seis de las treinta y seis fotografías. Dijo que las demás eran todas iguales. Y ya que la película se había malgastado, mejor era no malgastar papel, al menos. No entendía por qué en todas estaban las mismas ventanas. Y de las reveladas, eran también una lástima la del Danubio y la de la bombilla, porque la primera había salido movida y la segunda quemada. Le dije que sí, que lo veía. Entonces se animó y siguió diciendo que también era una pena la del abeto. Que ahí en un rincón había un abeto sobre el parque y que eso era todo. Es un árbol de Navidad, le dije, pero ni me oyó. Y que el tendedero de sacudir las alfombras, así sin más, no tenía interés. Si al menos alguien estuviera sacudiendo una alfombra, el cuadro tendría una diná-

mica, enseñaría algo de la vida, y entonces sí. Pero así, era tan sólo un tubo. Un tendedero de alfombras vacío en un patio desierto. Y lo de las ventanas simplemente no lo entendía. ¿Para qué fotografiarlas treinta veces? ¿Qué había allí? Le contesté que yo tampoco lo sabía, luego pagué y me fui.

Lo que más me molestó fue lo del tendedero de sacudir alfombras. Porque era la mejor foto. La de la bombilla, aunque no hubiera salido quemada, efectivamente no era más que una bombilla pendiendo de un cable pelado. Y el abeto nadie podía verlo, aparte de mí, tal y como correspondía. Se había quedado sólo en un abeto, no había llegado a ser un árbol de Navidad. Para eso aún le faltaba. Lo cierto es que tres años más tarde al menos pude hacer bien esa foto. La mujer tendiendo el edredón y, encima, la anciana regando las plantas: habría sido una buena imagen si arriba no hubiera estado corrida la cortina. De este modo apenas si se podía ver la sombra borrosa de la anciana. Pero la del tendedero de sacudir las alfombras estaba muy bien. Mucho mejor que la del abeto. Su presencia le confería al patio un aspecto más desolador. Y por eso me molestó. Porque la verdad era que la había hecho únicamente para acabar el carrito.

(LA NOTA) Tres meses y medio más tarde, pasadas ya las Navidades y el Año Nuevo, llegaron por fin nuestras cosas. Las cajas se habían mojado, la ropa de cama y la de vestir estaba mohosa. La mayoría de los muebles se salvaron, sólo el espejo se había rajado. Y el gran cuadro con la luna llena tenía una grieta de un palmo en una parte. La empresa de transporte extendió una factura por el precio del almacenaje. Disponían de un papel firmado según el cual mi padre pedía la entrega para finales de enero. No tenía ningún sentido reclamar. Pagamos, y los obreros echaron pestes porque vivíamos en un tercero; hasta llegó a caérseles el piano. Yo empecé a subir las cajas.

Cuando llegó el camión mi padre me preguntó qué me gustaría poner en mi habitación. Y fue así como yo me quedé con los muebles de mi madre. Lo único que no cupo fue el macetero, pero sí la vitrina con toda la porcelana hecha

añicos, su escritorio con las cartas de mi padre, el armario con sus vestidos, su secreter sin secretos, su espejo partido en dos, su sillón y su cama. Como no había sitio en otro lugar, empujé el piano contra la puerta que había entre las dos habitaciones. Así que ésta no se abrió nunca más. Apenas si podía moverse uno. Cerré los postigos y me eché sobre la cama. Sabía que cualquiera que no fuera yo se ahogaría en semejante habitación. Incluso mi padre. Finalmente me encontraba en mi casa.

Él intentó disponer su habitación de la misma manera que la de Castillo-Hondo. Escritorio, sillón, libros. Sofá-cama con una mesita, lámpara para leer, un vaso de agua. Un armario para colgar las camisas y las dos mudas de traje. La máquina de escribir había sido requisada en el último registro domiciliario, y el telescopio de su infancia ya lo había vendido. Con ese dinero compró la ampliadora Agfa. Fue un milagro que no incautaran sus fotos y sus negativos, aunque el oficial dejó caer la cuestión de si era o no normal que alguien sacara fotos del cielo. Tenía que haber algo allí, detrás de las nubes. A lo que mi padre respondió que claro que lo había, era Dios el que estaba detrás de las nubes. Por eso las fotografiaba, para poder mostrárselo al camarada comandante si de pronto aparecía entre ellas. La bofetada que éste le asestó con el dorso de la mano, delante de mí y de mi madre, fue de las que hacen ver las estrellas. Pero por suerte no se llevaron las fotos. Vieron que allí no había nada. Aunque después de tres años de cárcel, no podía yo estar ya tan seguro de que aún siguiera queriendo que un oficial del Ministerio del Interior viese a Dios.

Lo que no cupo ni en su cuarto ni en el mío, lo amontonamos en el pasillo. Desde entonces se erigió, entre la cocina y el baño, una torre de Babel hecha de mesitas quebradas, una cómoda carcomida y sillones rotos. Mientras lo amontonábamos todo, comentó que estas cosas sería mejor venderlas. Me bajé del taburete para que me mirara a los ojos. Le dije que nunca.